

—Ustedes andan de novios, ¿no?

Genoveva se puso colorada. Bajó la cabeza y se calló. Le tocaba contestar a él. Si decía que no, lo mataba; si decía que sí, era un atrevido.

—Andamos en conversaciones; de aquí a unos días le contesto —dijo Fabricio, que así salvó su vida.

Al otro día el principito le preguntó:

—¿Te acordás lo que dijo el profe?

—¿Sobre qué?

—Eso... si éramos novios.

—Ah, se me había olvidado.

—Y ahora que ya hablamos del tema, ¿qué decís?

—Yo nada. ¿Y vos?

—Yo quiero.

—Entonces yo también.

Se quedaron sin saber qué decir, pero ya eran novios. Se juraron amor eterno.

Al final, fue él quien se animó.

—¿No tendrías un besito para mí?

Poco a poco, las chicas del Comité convencieron a la gente del pueblo, y entre todos decidieron que

no necesitaban más reyes. El papá de Genoveva tuvo que llamar a elecciones y la mayoría eligió la democracia, que no obligaba a nadie a casarse con una persona que no quería. Y cuando menos se esperaba, se abrieron las puertas del castillo para que gobernase un presidente de la república. El rey se tuvo que guardar la coronita y todos sus títulos como recuerdos.

Al final Genoveva y Fabricio se casaron de veras y tuvieron una fiesta familiar, con luz de velas, música lenta y todo el aparato. Por ahora, viven con los padres de ella, en un departamento grande, en el centro, pero se están por mudar porque el casado casa quiere, dicen a dúo. Además quieren estar más cerca de la fábrica de sillones de la que son dueños y donde los dos trabajan. Son felices y lloran cuando tienen ganas, aunque sea martes. Comen chocolates, pero no abusan, por los granitos. De Robustiano no se tienen noticias. Y a nadie le importa.

Serena Shultz

El hombre que voló

Primer premio del Quinto Concurso Literario de Poesía y Cuento para Cuarto y Quinto Años del Nivel Medio

Siempre tuve el mismo sueño. Nació de mi razón e imaginación, pero fundamentalmente de mi incompreensión.

Ese día desperté con la certeza de que podría lograrlo. Desplegar alguna manera viable para poder flotar en blancas nubes de algodón. Algo tan lógico como que un humano pueda volar. Siempre me había valido de intentos fallidos, tales como, máquinas en las cuales había invertido mucho dinero para luego estrellarse en un solo segundo contra el suelo; o recibir tantos golpes al intentar arrojarme de alguna escalera o también del techo de mi antigua casa; inclusive imitar alocadas técnicas que fueran parte del básico metabolismo de las aves. Ese día fue diferente. Desperté haciéndome una pregunta habitual: ¿Por qué las aves pueden hacerlo y yo no? Alimenté a mis diecinueve canarios y me dispuse a respirar el fresco aire matutino a tra-

vés de mi ventana. Sentado en cuclillas en el marco de la misma dejé volar mi imaginación como nunca, de hecho, iba mucho más lejos de lo habitual. Y fue así como primero estiré mis dos brazos en dirección al cielo, con la cabeza en alto y mis ojos cerrados; me paré y di un solo salto que me permitió realizar mi tan anhelado deseo. Aterricé de una manera muy brusca. Sólo pude mantener mis ojos abiertos unos minutos; fueron suficientes para ver mil plumas volando en el aire que se desprendían una por una de mi lastimada piel.

